

## CAPITULO II

### *La madre de Dios.—Robespierre Mesías.—Ejecución de Saint-Amarante (15-17 Junio 94)*

Calumnias contra Robespierre.—Misticismo de la época.—Sus devotos.—Ensayos de comedia.—La madre de Dios.—Terrible efecto de la ejecución de los cincuenta y cuatro «camisas rojas.»—Dificultades para castigar á la mujer.

El primer informe de Elías Lacoste con los correspondientes comentarios fué recibido en la Montaña y la Convención como las primeras gotas de lluvia para la Judea expirante, después de la sequía de los tres años.

Todo se embrolló expresamente. Levantáronse calumnias que estaban deshechas con mucha facilidad, con solo decir: «Existen dos Robespierre.»

No se perdió ni un solo recurso. Robespierre no podía ser atacado en sus costumbres. Lo fué por otro lado quizás más sensible. En las luchas violentas á muerte resulta siempre que los principios juegan un papel secundario. La victoria lo es todo y para conseguirla se emplean todas las armas, aun las más opuestas á los principios que se predicán.

Esta era la única acusación que podía dirigirse contra Robespierre. Emplear para la Revolución medios contrarrevolucionarios. Y Robespierre para encontrar estos medios no necesitaba ir muy lejos: residían en él.

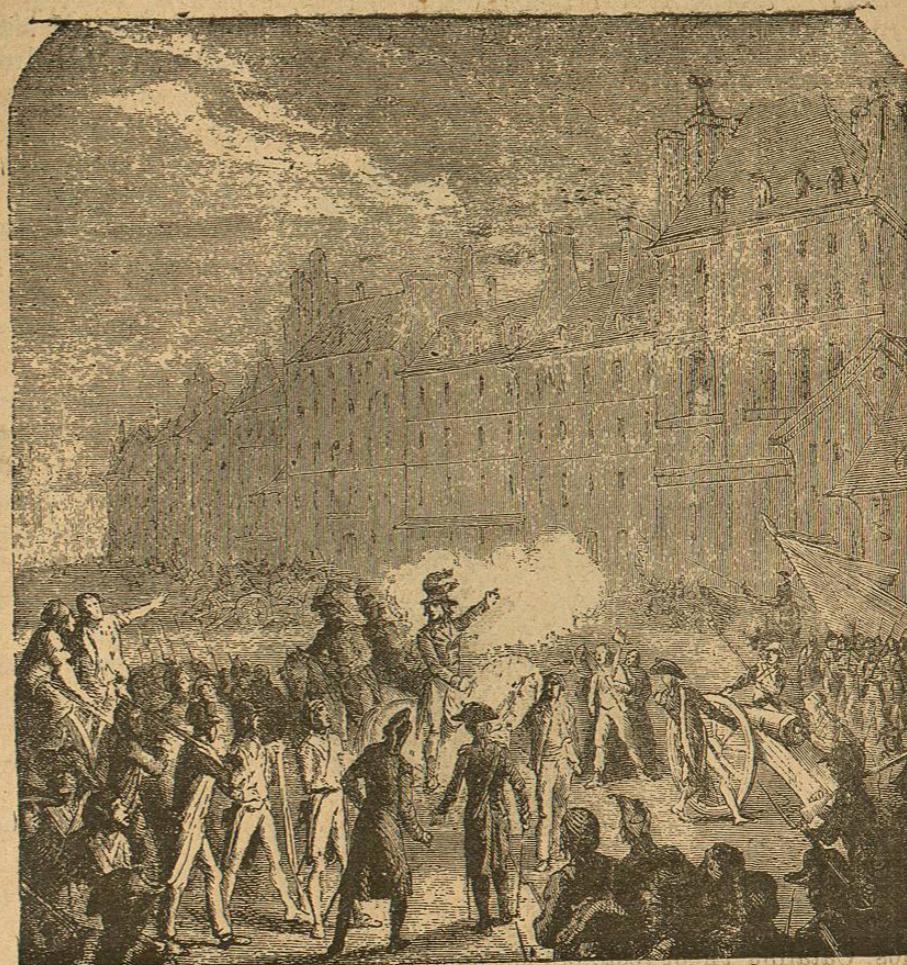
Nacido en una población de curas, elevado por la protección de estos, ellos mismos llegaron á nombrarle juez de la Iglesia.

Como su maestro Rousseau, se franquea por propia voluntad, pero desprecia el dinero. Prefiere el hambre con honor. Suena el 89 y se deja oír la palabra de Robespierre con la que se nutre la Francia.

Desde entonces queda Robespierre proclamado Mesías. Los actos políticos de determinados elementos militantes afectos á Robespierre,

tienden á proclamar la soberanía de Robespierre, su dictadura. Fué el Mesías sencillamente. Multiplicáronse las sectas religiosas. Se recrudeció el fanatismo después del Terror.

El duque de Orleans mezclábase con los francmasones, con los



Las secciones ante el Hotel de Ville.

Templarios de los que fué el Gran Maestro. Los jansenistas merecieron la atención de los Jacobinos. Da una idea de este movimiento, de este cuadro, si podemos llamarlo así, la biblioteca de los Jacobinos en 1790. Robespierre durante los años 89 y 91, vivió en Saintonge, en el Marais, cerca de la calle de Touraine, en la puerta misma del santuario donde los energúmenos del jansenismo expirante hicieron sus últimos milagros: el primero de estos fué crucificar á las mujeres.

En el castillo de la duquesa rogaba, oraba Gerle, colega de Ro-

Robespierre en la Constituyente, quien pidió con asombro general que se declarara al catolicismo la religión del Estado. Gerle quería al mismo tiempo que se reconociera la verdad de las profecías de la joven Susana Labrousse. Gerle quizás por complacerlo vivía con Robespierre ó cuanto menos visitábale frecuentísimamente.

Aunque buen republicano, Gerle sentaba plaza de profeta. Había experimentado la influencia de una mujer vieja idiota, apodada la Madre



HENRIOT

de Dios. Catalina Theot (este era su nombre) era ayudada en sus misterios por dos jóvenes encantadoras. Allí acudían los realistas, los magnetistas, los tontos y los bribones. ¿Hasta qué punto podía mezclarse un hombre como Robespierre entre todas estas cosas? Lo ignoro. Solo se sabe que la vieja tenía tres sillones: blanco, rojo y azul. Sentábase ella en el primero y su hijo Gerle en el de la izquierda, en el segundo. ¿Por qué existía el sillón azul, el de la derecha, el sillón de honor? ¿Sería para el *Salvador*, para el Mesías?

El espía Severt, que quiso ser iniciado para traicionar á la secta y arrestar á los creyentes, dice que encontró una carta á Robespierre escrita por la Madre de Dios, como si él fuera su profeta, el hijo del Ser Supremo, el redentor.

A la Asamblea llegaron mil versiones distintas hasta el extremo de desorientarse. Poco á poco comprendió.

Los dos gascones Barere y Vadier escribieron un informe sobre la Madre de Dios, el cual se acordó remitir á las cuarenta y cuatro mil comunas de Francia, á las administraciones y al ejército.

Robespierre estuvo lejos de mostrarse vigoroso, fuerte y enérgico. No había sesión aquella noche en los Jacobinos y nada podía hacer por este lado. Fué al comité y pidió que se detuviera todo. El comité se obstinó sosteniendo que el asunto no podía tener para él ningún interés. Robespierre ordenó que se llamara á Fouquier-Tinville. Vino Fouquier y ordenó todo lo contrario de lo que pedía el comité. Este no osó decir una palabra.

Pero no era esto todo. Se había pronunciado una palabra que quería significar el restablecimiento del poder absoluto, de la monarquía, «¡El lo quiere!»—se decía cuando Robespierre dictaba una orden.

Vadier maliciosamente pretendió perseguir á Robespierre aun en los mismos Jacobinos. Aquí pretendía sacar partido entre los jacobinos enemigos de Robespierre que habían votado la presidencia de Fouché.

Sin embargo, contó equivocadamente: al leer el informe, oyéronse susurros y después reinó grande silencio. Vadier logró impresionar al auditorio, pero no convencerle.

Al día siguiente circuló por París una noticia que causó gran sensación: se trataba del suplicio de los asesinos de Robespierre.

El drama de la ejecución ofrecía cincuenta y cuatro víctimas, las cuales vestirían el traje que solo Carlota Corday había llevado: la sinistra camisa roja de los parricidas y de los que asesinaban á los padres del pueblo, á los representantes. El cortejo tardó tres horas en recorrer la distancia de la Conserjería á la plaza de la Revolución.

Durante estas horas el pueblo tuvo ocasión de conocer á los *asesinos de Robespierre* y de enterarse de toda la historia.

Las carretas iban escoltadas por las tropas y cañones; ¡precauciones que no se habían adoptado desde la ejecución de Luis XVI!

«¿Todo esto para vengar á un hombre? ¿Pues qué haría si hubiese sido rey?»

Figuraban entre las víctimas cinco mujeres muy bonitas, tres muy jóvenes. Las miradas del pueblo se dirigían hacia estas mujeres. La Saint Amaranthe con todos los suyos: la niña Renaud con toda su familia. Una tragedia completa en cada carro, de llantos, de gritos desesperados. Madama Saint-Amaranthe, que hasta entonces había hecho alarde de tanto valor, desfalleció.

Una actriz del teatro de los Italianos lograba atraer y concentrar todo el interés. Querida en otro tiempo de Sartine que se había casado con la hija de Saint-Amaranthe, debía su muerte á él. Las dos mujeres iban en un mismo carro. La muerte las hizo hermanas. Circuló rápidamente un terrible rumor. Decíase que Sait-Just había querido poseerla

y que los celos y la rabia de él la habían condenado. Figuraba entre las víctimas una pobre joven que nada había hecho, sino llevarle la comida á la señorita Granmaison.

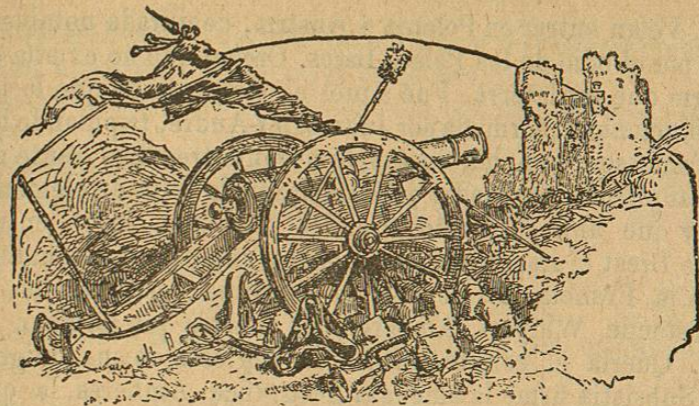
Voulland, temblando de gozo, de venganza, fué á ver el efecto en la escena. Se colocó en el ángulo que forman las calles de Richelieu y Saint-Honoré, y cuando desde lejos vió las cincuenta camisetas rojas gritó: «¡Vámonos hacia adelante para asistir á la misa roja!»

Se produjo el efecto deseado. Un desbordamiento de piedad contenida se manifestó con gritos de muerte contra Robespierre, el hombre maldito.

Las muertes de mujeres eran espectáculos terribles.

La de Carlota Corday, sublime, fué como el origen de una religión.

La ejecución de Lucila Desmoulins grabó en el corazón de los hombres el deseo de la venganza. Los principios más rudimentarios de política aconsejaban la represión de la muerte para la mujer.



### CAPITULO III

#### *Las conspiraciones de Fabrique.—La de Bicetre.—Muerte de Osselin (24 Junio-1.º Julio)*

Poderosos efectos de la calumnia.—Necesidad de ganar una batalla; Fleures (26 de Junio).—Prudente consejo de Payan á Robespierre.—Herman limpia las cárceles; Bicetre.—Ejecución de Osselin.

Ayer dictador, papa, rey; hoy rodando hacia el abismo. La calumnia destruyó el pedestal, el altar, el trono de Robespierre. Siempre había empleado en su papel de acusador términos vagos, inconcretos, frecuentemente falsos. Parecía que la calumnia se revolvía contra él.

Miles de libelos lanzáronse á las calles. Voces que gritaban difamando á Robespierre en la vía pública; gentes que pertenecían á los hebertistas y maratistas y que si la comuna de Robespierre los detenía el comité de Seguridad los ponía en libertad. Eran los voceadores, los enemigos de Robespierre que se lanzaban á la calle haciendo trepidar los cristales con sus gritos. Triunfaba sobre la multitud la cólera del *Pere Duchesne*. ¿Qué hacer? Ocupar la atención de las gentes provocando otros hechos.

Imponíase una victoria dentro ó fuera de la patria; esto es lo que pedía el partido robespierrista á grandes voces. Todos temblaban y se extrañaban al ver que aun llevaban sobre los hombros la cabeza.

En Octubre, al ser sorprendido en flagrante delito de moderantismo, le salvó la victoria de Wattingnes. En Enero, por su alianza con los hebertistas, hace morder el polvo á sus enemigos.

Escribió á Saint-Just: «Tal día vencerás.» Aun su buena estrella dióle una nueva victoria sin Carnot, lo cual, permítale procesar á éste en el comité de Salud Pública.

Carnot y el comité recibían comunicaciones extranjeras que confirmaban los anhelos de paz. Sustentaban la creencia de que Prusia na-